

ACABA DE PUBLICARSE

«EL CABALLERO DEL HONGO GRIS»

El dinamismo peculiar de Ramoncito—Gómez de la Serna es Ramoncito porque llegó tarde para ser el divino Ramón ó siquiera don Ramón, como Valle-Inclán—no ha sorprendido con un nuevo libro, «folletín moderno», titulado «El caballero del hongo gris». Ingenuamente ramonitesco, mereció ser conocido y comentado.

Leonardo estuvo perdido en Barcelona, funcionando en sus grandes bulevares, buscando el refugio de sus cabarets.

Con su gran prestancia iba penetrando en la sociedad en que un joven es una fuerza nueva que todos creen poder asimilar y modificar como adaptable combustible á todas las vidas.

Entre las mujeres tenía gran partido, pues aunque era duro de tipo y parecía engaritado en su juventud, tenía puerilidades de mujercilla, imponentes femeninos y triviales, romanticismos de menor cuantía.

—El amor y la muerte van unidos, señora—decía, por ejemplo, sin ton ni son, y eso tenía un gran éxito con las mujeres que le decían, á aquel bigardo sin fe y sin escepticismo, cualquier otra tontería como:

—Entonces usted es un pesimista.

—Sí, soy un pesimista—respondía con simpleza, dedicado nada más que á no contrariar las primeras palabras que se la habían ocurrido á la simple mujercilla.

No tenía rubor de las confidencias y las espetaba todas de una vez. Aquello á la vista sa-gaz tenía que resultar falso, y sin embargo, era lo que más convencía á las mujeres.

Oía con la mayor atención las confesiones más idiotas:

—¿No es verdad que no hay nada más molesto que el que la llamen á una estando durmiendo?—le decía una joven, poniendo mucha convicción en sus palabras, una enorme convicción que no era pertinente á tan fútil descubrimiento, que todo el mundo rehusa descubrir, porque las cosas más repugnantes son las que ya es excusado decir.

—¡Ah! Sí... Tiene usted razón... ¡Cuánta razón!... No hay nada más molesto que el que le llamen á uno cuando está durmiendo—y añadía para que culminase la atracción cursi y victoriosa que acaba por hacer suya á la mujer—,

sobre todo cuando soñábamos que vivíamos felices ó soñábamos que habíamos muerto...

—¡Qué inimitable *causeur*!—exclamaban las mujeres y ya lo repetían los hombres.

—Es que es un poco de la raza que ha escrito *Las mil y una noches*—decían á veces delante de él, que respondía con descarada malicia:

—Yo no he escrito ni quiero escribir *Las mil y una noches*; yo quiero vivirlas.

* * *

Aquella mujer de los ojos implorantes, gachones, como enfermos de melosidad, y que todos sabían quién era de tanto verla pasear su tipo de exigente recién casada, de opulenta esposa que necesita del marido todas las atenciones y todas las riquezas, se había quedado viuda, y viuda porque su esposo se había suicidado por no poder sostener sus perfumes y quizás los volantes de seda bordada que movía con denuería excepcional, como si estuviese embarazada de mimo y de voluptuosidad.

Aquel hombre de tipo obsesionado, muy miope, que parecía ir suspenso y relamido por el orgullo de llevar á su mujer del brazo, y dejar por donde pasaba una estela de voluptuosidad que los adolescentes iban á buscar por las ramblas, por donde ella acostumbraba á pasear, se había disparado un tiro en la sien.

¡Qué apetitosa quedó la mujer del suicida! Viuda y viuda del suicida que es el marido que no vuelve y que no asoma, que no aporta por la casa vacía, que ha perdido todo derecho de intervención, puesto que se ha ido tan voluntariamente.

Si cualquiera otra viuda se contagia de la muerte del marido, la viuda del suicida está fresca, rozagante, como gran rosbif para los nuevos deseos.

Aurora, que así se llamaba la viuda súbita, pasó una crisis de lloros y risas, porque no sabía si indignarse con el muerto que la había abandonado cometiendo la peor de las infidelidades, ó llorarle, porque después de todo había sido su primer hombre, su maridito, con el que había paseado tanto del brazo y del que se había dejado enseñar todas las cosas, con beneplácito, siempre, como si ella las supiese ya hacía mucho tiempo.

La crisis duró unos cuantos días; pero en seguida, rabiosa, encalabrada, dándose cuenta de que no había ninguna consideración á su esposo, salió á la calle constantemente, sola, como á compras, un poco distanciada y como en una rebeldía con su familia, porque «los muy majaderos» habían considerado como un crimen el suicidio, un crimen que había manchado su apellido.

Se sentía un poco deshonrada por el suicidio de su marido, y eso precisamente la daba más libertad y la ponía en camino de mayores deshonras.

Miraba á los hombres como si les dijera: «Se suicidó por mí; pero vosotros también haríais lo mismo.»

Ellos contestaban á aquella sonrisa con otra con que la decían:

«¿A que no?»

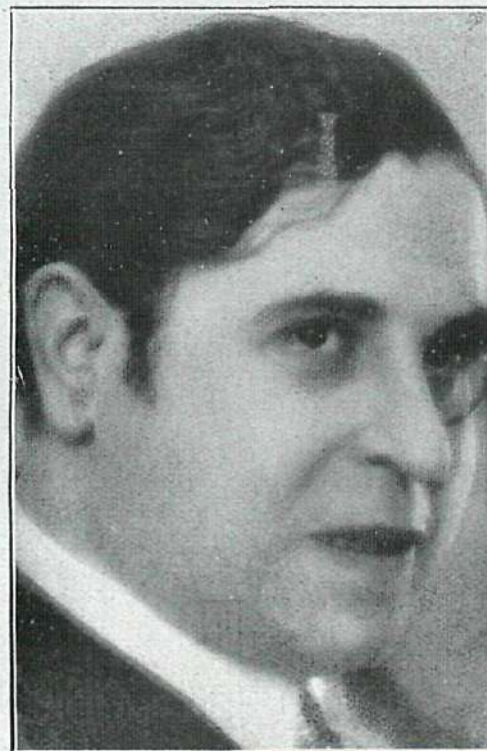
Las lunas de los escaparates se la habían lanzado de acera á acera, curiosas de aquella mujer opulenta á la que hubieran querido ahajar. Las de ropa blanca la deseaban para maniquí y las joyerías deseaban su garganta.

Se la conocía ya por «la mujer del suicida» y provocaba gran curiosidad. Algunos la siguieron, temiendo parar en el cementerio.

Leonardo la vió también y la deseó, pero no se hubiera lanzado á su conquista si no hubiera visto la gran predilección de sus amigos y el disputársela en guerrilla de toda la calle.

—Yo me suicidaría también por usted—la solían decir muchos con vulgaridad manifiesta.

Leonardo se llevó una mirada larga, para «toda la vida», cuando la dijo:



RAMON GOMEZ DE LA SERNA

—Pues yo no me moriría nunca, para no dejarla de mirar y de querer...

Se veía que Leonardo era el hombre que encontraba el halago pronto y decisivo.

Quizás después, en sus conversaciones y en sus frases, decayese; pero siempre era el halagueño de buenas á primeras.

Aurora ya todas las tardes buscaba por entre los hombres la figura movediza de Leonardo, negro, blanco, blanquísimo, pero con una mirada pavorosa, de adormecedor de serpientes, de adormecido él mismo, de no saber lo que se hacía ni lo que quería.

Por fin, un día se pusieron á andar á la par fácilmente, pues ella redujo su marcha al ver que él se apresuraba, y en seguida estuvieron allado.

El la ofreció la mano como si se la diese ante el altar de Dios, y la dijo:

—¿Para siempre?

—Para siempre—respondió ella, de ese modo maquinal con que después del «Ave María» se escapa el «Ora pro nobis».

El paso de Aurora volvió á ser el que llevaba cuando iba con su marido y hasta le rozó con la flor disimulada de la cadera que sabía rozar con delicia rítmica.

Entró en conversación como había entrado siempre en conversación con las mujeres, metiéndose con el otro hombre:

—No pensará usted ya en aquel cobarde...

—Dejemos en paz á los muertos—dijo ella.

—No era, no es un muerto, es un huído, un desertor.

Ella estaba vencida, aterrorizada por aquella racha de insultos gallardos.

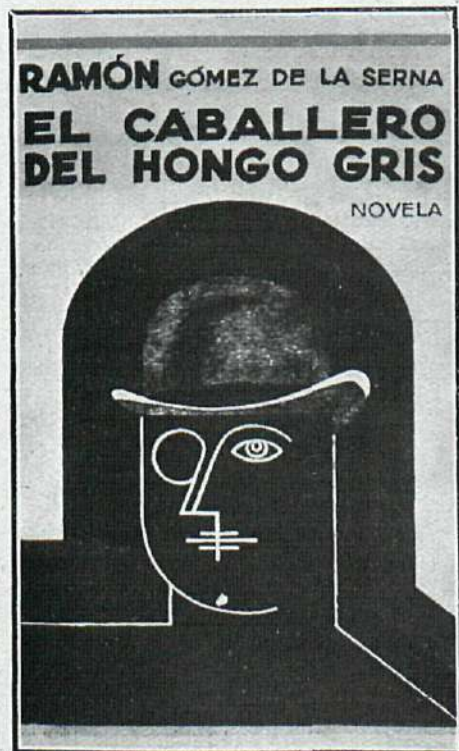
Leonardo no dejaba la acera á nadie y tuvo una discusión violenta con un señor que no se apartó.

Todos miraban á Leonardo como á un ser privilegiado.

Los abanicos que llenaban los escaparates de la primavera abanicaban á la pareja apasionada, que no cabía por la acera.

—Otro suicida—decían á su paso los grupos envidiosos y que suponían que ella se lo iba á sorber.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA



Portada del libro